

**NOVELA POPULAR  
CINEMATOGRAFICA**



Año IV  
Número 164

25 cts.

Protagonista  
William Russell

**DOBLE VICTORIA**

Con un número en color el jueves y domingo de VILMA BARBA

Novela Popular  
Cinematográfica

# Doble victoria

WHEN GODS ARE EVEN (1923)

Argumento, en forma de novela, de la interesantísima película, de amor y de aventuras, así titulada. Producción de la casa «Fox», de la que es concesionaria, para España y Portugal, «Hispano Foxfilm»:  
Valencia, 280

Protagonista : William Russell



PUBLICACIONES MUNDIAL  
BARCELONA — APARTADO 925



## PRIMERA PARTE

Aunque esté situada en una isla casi desconocida del Pacífico, la noticia del descubrimiento de una mina no puede permanecer por mucho tiempo en el secreto.

Cualquier otro descubrimiento tarda más en saberse. Una mina, en cuanto se descubre, ya tiene un valor cotizabile en los Bancos del mundo entero. De aquí que corra como la pólvora la primera noticia.

La mina que se había descubierto entonces, cuando acaecían las cosas que aquí se van a referir, estaba en Australia. La primera noticia de su descubrimiento se tuvo en San Francisco de California. Pero no en unas solas oficinas mineras, sino en dos, que, por cierto, eran rivales.

Unas de estas oficinas eran de la Compañía Minera de Whipple. Este, hombre ya entrado en años, hacía algún tiempo que estaba luchando por reparar las pérdidas de una temporada de grandes reveses. Le ayudaba en esta tarea, valiosísimamente, un ingeniero, que era su socio, llamado Jack Arnold, protagonista de cuanto vamos a relatar. Jack animaba a Whipple en todas las circunstancias, por penosas

que fuesen. Era un joven impetuoso, valiente, decidido, sin miedo a nada ni a nadie.

En el momento de recibir la noticia del descubrimiento, Whipple llamó a Jack y le tendió el cablegrama con la buena nueva, el cual decía:

«En venta mina recién descubierta en Pago Tai. Propietario, O'Hara. Compañía Minera Superior, por intermedio de Langdon, que ya debe saberlo, se interesará en comprarla. Magnífico negocio si ustedes se anticipan y la adquieren. — H. J.»

Este H. J. era un agente de Whipple, el cual clogió la prontitud de aquél en avisarle tal negocio, exclamando en seguida:

—En balde, sin embargo, esa prontitud. Si Langdon está enterado, ya estará en camino...

—Diga usted una sola palabra—dijo Jack—y estaré allí el primerco.

—Imposible, amigo mío. Ahora es ya tarde para sacar pasaje en el vapor que zarpa hoy para Australia.

—Nunca es tarde para nada cuando quiero hacerse.

—¡Pero si Langdon estará ya en el vapor, sin duda alguna! ¿Cómo quieres llegar primero que él?

—Llegaré. Es preciso que llegue. Nos va en ello salir de apuros. Llevamos ya demasiado tiempo luchando con la adversidad. Es preciso que yo llegue antes que Langdon a Pago Tai. ¡Necesitamos quedarnos esa mina!

Pero el vapor que salía aquel día zarpaba dentro de unos minutos, y Jack se iba a ver poco me-

nos que imposibilitado de llevar a cabo su propósito. Sin pensar mucho en esto, pues parecía estar seguro de que realizaría el viaje, salió de las oficinas para el puerto. Y ni siquiera cogió ropas y dinero para el viaje como si esto no fuera preciso.

Clyde Langdon, presidente de la Compañía Minera Superior, estaba ya en el vapor. Le acompañaba un joven, maltratado y antipático, y una muchacha, primorosa y gentil, sobrina suya, y de la que era tutor. Esta muchacha, llamada Carolina Peyton, acababa de volver de un viaje al extranjero, con el tiempo justo, como se ve, de emprender otro a través de los mares. Toda la antipatía que le sobraba al joven, le sobraba a ella de simpatía. Y, cosas del mundo, al parecer, aquéllos dos seres tan distintos, eran nada menos que novios... El joven, que se llamaba Neal Travers, era socio de Langdon, e iba a Australia dispuesto a que nadie le disputara la mina.

En espera de que el barco zarpará, y con el pasaje en el bolsillo, Langdon y Neal bajaron a pasear por el muelle. En esto, llegó Jack, en un auto que había hecho correr a toda marcha. Pero entonces se dio cuenta de que no llevaba dinero ni para expedir un cablegrama; mucho menos para el pasaje, que valía mil pesetas. No se arredró, sin embargo. Telefonó a su socio para que pusiera dinero a su nombre en la casa propietaria del vapor, y se dispuso a subir a éste sin pasaje, pues ya todo se disponía, por los marinos, para zarpar, y no había tiempo que perder.

Cuando Jack se acercaba a la escalerilla del vapor, lo columbró Neal, que dijo a su socio:

—¡Ese es Jack Arnold, ingeniero de Whipple! ¡Y sube al vapor! Sin duda, lleva la misma misión que nosotros! Si así es, no le arriendo la ganancia.



Prometo que le haré pasar un viaje muy entretenido...

Con esto quería decir el tal Nen' que hacía cualquier barrabasada contra Jack. Pero no contaba, por lo visto, en que Jack era hombre que no se dejaba sorprender fácilmente, ni en que, una vez sorprendido, si se daba este caso, sabía defenderse valientemente de todas las accechanzas.

Un marinero que se había dado cuenta de la impetuosa entrada de Jack en el barco, le abordó, y él, sencillamente, le dijo que no tenía dinero y que, forzosamente, había de hacer aquel viaje.

—Pues si no tiene usted dinero— le repuso el marino— tendrá que hablar con el capitán. Sólo él puede arreglar el asunto de su pasaje.

—No tengo ningún inconveniente en hablar con él. Al contrario, lo deseo, para explicarle mi caso.

Fué llevado Jack a presencia del capitán, al que explicó las circunstancias que le habían obligado a tomar el vapor de aquel modo. Terminó su explicación diciendo:

—He telefonado a mi socio que entregue a la compañía propietaria de este barco dinero a mi nombre. Estoy seguro de que ya obrará en poder de sus principales ese dinero. Y, sin duda alguna, en seguida le avisarán a usted de ello, tanto para que sepa que mi pasaje está pagado, cuanto para que me facilite alguna cantidad cuando vaya a desembarcar.

—Ojalá que así sea. ¡Y por bien de usted lo digo, como comprenderá! De lo contrario, tendrá que trabajar a bordo para pagar su pasaje.

—No tendría ningún inconveniente en ello, capitán, puedo creerlo, por tal de realizar el viaje, que

es lo que necesito imprescindiblemente. Pero no habrá necesidad, se lo aseguro. Mi propio socio pagará el radiograma necesario para avisarle a usted de que ya se ha depositado la cantidad que yo le he indicado antes de embarcar, cuando me di cuenta de que no llevaba dinero.

Todo este diálogo fué oído, y no por curiosidad, sino por casualidad, por la sobrina de Langdon, que estaba cerca de allí. No sabía quién era Jack, pues cuando su tío y su novio hablaban de él no estaba ella presente, pero le había visto subir al barco, decidido, y aquella actitud le había agradado en extremo. Luego, el ímpetu de que Jack hacía gala a cada momento, la acabó de encantar. Y por si todo esto fuese poco para que su imaginación se impresionara, aquel diálogo, pleno de naturalidad, la había ganado por entero para sentir gran simpatía por nuestro protagonista. Este la vió al despedirse del capitán. Su mirada se posó en ella con un agrado que le extrañó.



## SEGUNDA PARTE

Al día siguiente, a poco de haberse levantado, Jack recibió la visita de un marino, enviado por el capitán, que le dijo:

—El capitán desea hablar con usted.

—Dígale que voy ahora mismo.

Fué, en efecto, sin tardanza, creyendo que ya se habría recibido noticia del dinero depositado en San Francisco. Era algo más raro y extraordinario. El capitán, entregándole un papel, le dijo:

—Aquí tiene usted el pasaje hasta Sidney, final del viaje.

—Muchas gracias — contestó Jack, creyendo que aquello obedecería a lo que él había supuesto.

Y añadió, firme en esta creencia, y viendo que el capitán no le decía nada más:

—¿Y el resto del dinero depositado por mi socio?

—La noticia de haber depositado ese dinero no ha llegado aún. Este pasaje es un obsequio...

—¿Suyo?

—No; aunque esa fuese mi voluntad, no puedo hacerlo. El obsequio es de otra persona.

—No conozco a ninguno de los viajeros, excepto a dos que no pueden ser autores de esa fineza. ¿Quié-

re usted decirme a quién debo dar las gracias por esta atención?

—¡Imposible! La persona que le ha pagado el pasaje desea ocultar su identidad...

—Lo siento, de veras que lo siento. Un rasgo así merece eterno agradecimiento y me gustaría poder



demonstrar, a quienquiera que haya sido, que sé agradecer su generosa acción.

—Ya lo comprendo. Peco a mi se me ha rogado que guarde el secreto y debo hacerlo.

Desde luego, Capitán. Ese es su deber y no le instaré yo a faltar a él. Sin embargo...

Antes de acabar de decir lo que fuera a decir, Jack, sin intención, puso sus ojos en la mesa del capitán. En ella, ante su vista, había un cheque extendido,



que el capitán se había olvidado guardar, y el cual decía:

«Banco de San Francisco,

Páguese a la orden del capitán G. Gerard la suma de mil pesetas. — *Carolina Peyton.*»

Ya sabía Jack lo que deseaba saber. Su pasaje lo había pagado una mujer. Aquel cheque, por la cantidad precisa que valía el pasaje, lo demostraba. Pero, ¿quién era aquella mujer? Se propuso averiguarlo sin tardanza.

Carolina, en efecto, había pagado el pasaje. Se le ocurrió la idea de hacerlo así el día antes, oyendo el diálogo de Jack con el capitán. Y pensado y hecho. Pero quería, formalmente, que no supiera el interesado que ella era la autora de aquel rasgo.

Después de larga y difícil investigación para saber quién era Carolina Peyton, Jack empezó a desalentarse de su empeño. Como no quería preguntar a nadie directamente, no lograba saberlo. De pronto, un día, las circunstancias le favorecieron de una manera inesperada. Estaba sobre la barandilla, viendo los movimientos del agua. A sus espaldas, Carolina hablaba con su tío. Este, poniéndose en pie, dijo a la joven:

—Carolina, voy a buscar a Neal para organizar una partida de bridge...

Al oír el nombre *Carolina*, Jack volvió la cabeza con rapidez. Y como en aquel momento Langdon se alejara y la joven quedara sola, se acercó a ella, reverente, y dijo:

—Dispense la pregunta, señorita: ¿Es usted Carolina Peyton, la que pagó mi pasaje?

—Sí, soy Carolina Peyton. Pero, ¿cómo sabe usted que yo pagué su pasaje? ¿El capitán me prometió guardar el secreto? ¡No me explique, por lo tanto...!

—No lo sé por él... Lo averigüé... por casualidad... El mismo no sabe... que lo sé. Dígame, ¿qué le impulsó a sacarme de aquel apuro?

—Me impulsó mi amistad con una hermana de usted, compañera mía de Colegio, a quien acabo de dejar en Inglaterra.

Era cierto que Jack tenía una hermana, que ésta estaba en Inglaterra, y que Carolina era amiga de ella. Pero no era cierto que el recuerdo de aquella amistad la hubiera impulsado a su acto. Pero no era cosa de decir «Me ha impulsado la simpatía que siento hacia usted», que era la verdad. Estas verdades no se pueden decir tan de súbito.

—Muchas gracias, señorita, por su acción, que agradezco con toda mi alma. Espero que nos lleguemos a conocer mejor para que sepa usted cuánto se lo agradezco.

Al acabar Jack de decir estas palabras, se presentó Neal, solo, borracho como una cuba, y dijo a la joven con tono hiriente:

—Por mí, no interrumpas tus galanterías.

De un salto se puso Jack en pie, para abofetear al desleaguado. Al efecto, lo cogió del cuello y lo zarandeó, como si fuera un muñeco. Carolina evitó que las cosas pasaran a mayores, y Neal se alejó, corrido y acobardado, meditando una venganza rula.

Al quedarse solos de nuevo, Carolina dijo a Jack:

—Estoy segura de que excusará usted al señor Travers... Ha bebido, y cuando se encuentra en ese estado... no sabe lo que dice.



—Perdone usted, señorita... Este Travers... ¿es su...?

—Sí, es mi novio.

Como si se le hubiese caído el alma a los pies, Jack se alejó, presa de una tristeza agotadora.

En los días siguientes, procuró no encontrarse con la joven. Tan violento le era saber que era novia de su enemigo. Sin embargo, no pensaba en otra cosa que en ella. Todo lo había olvidado por ella: hasta el objeto de su viaje. Le vinieron a recordar éste sus propios enemigos que le fueron a buscar y le dijeron:

—Nos parece inútil declarar que sabemos el objeto de su viaje...

—Tampoco yo ignoro la misión de ustedes.

—Entonces, puesto que todos estamos en el secreto, hablemos francamente: ¿Cuánto quiere usted por desistir de su viaje a Australia?

—Por favor, ¡no me hagan ustedes reír!

—¿Rechusa usted regresar a los Estados Unidos?

—Claro que rechazo. Y ustedes, caballeros, pueden irse al diablo...

Haciéndose el valiente, repuso a esto Neal:

—Quizá tenga que verme obligado a mandarle a usted al lado de Satán.

Riendo de buena gana, contestó Jack:

—Si así fuese, le aseguro que no me iría solo.

Y se alejó, sin más deseos de hablar, riendo a carcajadas.

Aquel mismo día, por la tarde, Jack fué llamado por el capitán. Cuando se dirigía al puente, para hablar con él, vió a Neal, borracho como siempre, y a Carolina, que le decía:

—¡Por favor, Neal, no bebas más!

Poco más allá oyó a un marinero que le decía a otro refiriéndose a Neal y a Carolina:

—Dicen que ella es su novia... y que él bebe como una esponja...

El capitán dijo a Jack, en cuanto éste estuvo ante él:

—Ha llegado la noticia de que su socio ha depositado cinco mil pesetas para usted. Aquí las tiene.

Con el dinero en su poder, Jack se fué a buscar a Carolina y le dijo:

—Han llegado por fin los fondos que esperaba y, por lo tanto, tengo pretexto para hablar nuevamente con usted...

—Supongo que no tratará de devolverme las mil pesetas... Me ofendería...

Esta era la intención de Jack, pero después de esas palabras de la joven, no se atrevió a hablar de ello. Sin embargo, dijo algo referente a la imposibilidad de un trato franco entre ellos, con gran dolor de él, por ir ella en compañía de dos enemigos suyos, a lo que Carolina repuso:

—¿Quiere usted una prueba de mi buena amistad, de la que nada debe temer? Le voy a regalar un amuleto maoí que impide que surjan malas interpretaciones entre amigos. Yo no creo en la virtud del amuleto, pero al hablar de él le declaro mi pensamiento.



## TERCERA PARTE

Después de interminables días navegando sobre un mar como balsa de aceite, el barco llegó a Puerto Esperanza, en donde los que iban en busca de la mina hablan de bajar para allí embarcar de nuevo hacia Pago Tai, cuando hubiera barco.

Iba a empezar, pues, la batalla por adquirir aquella propiedad, que era riqueza segura.

La taberna de Hogarbh, donde se reunía lo peor del puerto y que era el único hospedaje de la población, fué refugio forzoso de nuestros viajeros, entre los que cada vez se iban haciendo más tirantes las relaciones. Claro es que no por parte de Carolina, que cada vez se sentía más atraída por Jack. Pero sí entre los tres hombres. Los dos enemigos de Jack no hacían más que idear planes, todos ellos criminales, para que nuestro protagonista no llegara a Pago Tai. Pero les faltaba valor, ya que no intenciones, para llevarlos a la práctica. Sin embargo, estaban decididos a hacer algo, fuese lo que fuese, para salirse con su propósito.

Visitado el representante del gobierno en Puerto Esperanza, por Langdon y Neal y por Jack poco después, dijo:

—Hay un barco que hace el servicio entre este puerto y Pago Tai, el cual debe llegar mañana por la mañana, y salir por la tarde.

Cada cual, pues, se dispuso convenientemente para realizar el viaje.

Patricio O'Hara, el dueño de la mina, estaba allí, en la taberna, bebiendo constantemente, pues esta era su ilusión única, y desde que con la posesión de la mina se juzgaba rico, la había realizado. Pero ninguno de los viajeros sospechó tal cosa. Solamente Jack, por algo que oyó hablar a unos borrachos, lo supuso. Y desde este momento no dejó de trabajar por averiguar la verdad y adelantarse a sus enemigos. Estos, por su parte, lo único que meditaban era el modo de evitar que Jack fuese a Pago Tai.

Neal se olvidaba algunos momentos hasta de este propósito, para dedicarse a beber y a jugar en la taberna. Una de las veces se puso a jugar con el propio O'Hara, e hizo trampas en el juego, que era costumbre suya. Pero fueron descubiertas y estuvo a punto de ser apaleado.

Poco después, Jack, que ya había averiguado quién era O'Hara, lo arrastró al campo, con tono amistoso, para hablar a solas con él y comprarle la mina. O'Hara estaba encantado de aquel comprador, con el que hizo amistad en seguida y al que prometió que la mina sería suya y de nadie más.

Carolina, que había visto salir a Jack con O'Hara y que se dió cuenta de que ambos tardaban mucho en volver, empezó a inquietarse por la suerte que hubiera podido correr el hombre al que ya amaba apasionadamente. Aun sabiendo que su novio y su tío no podían ver a Jack, era tanta su inquietud, que no pudo al fin dominarla y exclamó:



—¡Estoy segura de que le ha pasado algo al señor Arnold.

—¿Por qué lo dices?

—No se sabe dónde está... No se le ha vuelto a ver desde que salió de la taberna con un desconocido... Debía avisarse al gobernador para que mandara buscarlo... Probablemente ese desconocido le habrá llevado al interior del bosque y habrá caído en alguna trampa... Aunque sea enemigo vuestro, debíais interesaros por su suerte.

Ambos hicieron un gesto de indiferencia ante estas palabras de Carolina, lo que hirió a la joven en lo más vivo, y le hizo comprender que Jack valía más que ellos en todos sentidos. Por lo tanto, se propuso hacer cuanto le fuera posible porque aquél triunfara de los suyos. Pero, ¿qué podría hacer ella?

Pensando en lo que podría hacer, salió a dar un paseo. De súbito, tuvo una gran alegría. Jack se le acercaba, vivo y sano. No pudo ocultar el contento que la invadió. Jack lo advirtió, pero no se fiaba. Todo lo que ocurría a su alrededor le aconsejaba que fuese desconfiado. Habló, sin embargo, con la joven, amablemente. Langdon, viéndoles charlar, se acercó, con gesto hosco, y dijo a Jack:

—En lo futuro, no olvide usted que mi sobrina es novia del señor Travers. Quiere decir esto que no debe usted galantearla.

Carolina, de indignación, no pudo contestar a su tío. Jack contestó:

—Que su sobrina sea novia de Travers es una desgracia que no puedo olvidar nunca.

Y dicho esto, se alejó, mirándose despreciativamente a su enemigo. A Carolina no se atrevía a mirarla. Tanto la amaba y tanto temía que pudiesen

serviese de aquel amor para engañarle. Carolina si le miró a él, viéndole alejarse, más enamorada que nunca, pues que aquello que había dicho de que no podía olvidar la desgracia de que ella era novia de Neal era una declaración indirecta.



A la mañana siguiente, el vapor que hacía el servicio entre Puerto Esperanza y Pago Tai ancló en la bahía.

Langdon, hablando con Neal, en la playa, le dijo:

—Vamos. Travers, es preciso que hoy conserve sus facultades. Quiero decir que no debe emborracharse, siquiera por una vez. Es preciso evitar que Arnold se acerque a este barco.

—Déjelo de mi cuenta... Se me ha ocurrido una idea para arreglar el asunto, más fácil que cuantas pensamos hasta ahora...



—¿Qué es ello?

—Jack está enamorado de Carolina: eso está bien claro. Pues el caso es utilizarla a ella como cebo. De ese modo, el plan es de éxito seguro.

—¿Pero cuál es el plan?

—Hacerle creer que Carolina corre peligro. El correrá a salvarla. Entonces nosotros marchamos. La cosa es hacer que lo del peligro ocurra cuando el barco vaya a partir. Y ya procuraré yo que Carolina no se quede en tierra. Al efecto, emborracharé a toda esa gente maleante que anda por la taberna.

—Si está seguro de que a Carolina no le ha de pasar nada, adelante con el plan.

—Segurísimo. El caso está en repartir dinero entre esa gente... y el dinero me sobra. Ahora bien; usted se encargará de entretener entretanto al gobernador, para que no acuda al lugar del suceso.

—Lo haré fácilmente.

De acuerdo, pues.

Para empezar a realizar su plan, Neal se fué en seguida a buscar a Carolina, para, estando amable con ella, alcanzar, sin que la joven se diera cuenta, lo que se proponía. Al efecto, le dijo en cuanto estuvo ante ella:

—Siento mucho haberme portado mal contigo hasta ahora, Carolina. Pero te prometo cambiar desde este momento. No beberé más. ¿Me perdonarás entonces?

—Si haces lo que dices, Neal, procuraré ayudarte... si puedo, a salir adelante con tus buenos propósitos. Con otros, no.

## CUARTA PARTE

Después de eso, Neal entró en la taberna, reunió a todos los humiles poco escrupulosos que por allí iban, les dió dinero y les emborrachó, y luego les expuso su plan, pidiéndoles ayuda contra Jack, del que dijo cosas inexactas para hacerle antipático. Todos prometieron ayudarlo. Les gustaba la trama expuesta por Neal. Hacer que un hombre no pudiese embarcar, les parecía divertido.

El plan de Neal era así: Poco antes de que saliera el barco, él llegaría con su novia. La dejaría a ella en la puerta y entraría. Formaría polémica con los borrachos, que se lanzarían contra él en broma. La novia, al advertirlo, pediría socorro. Acudiría Jack. Entonces él escaparía con la novia y los borrachos pegarían, ya de verdad, a Jack, para hacer de este modo tiempo a que el barco se marchara y Jack se quedara en tierra.

El primero en aceptar la traza fué el tabernero, a cambio de una fuerte suma. No cabía duda de que todo saldría bien, pues era seguro de que en cuanto Carolina llamara, fuese para lo que fuese, Jack acudiría, olvidándose de todo.

Al efecto, cuando faltaban veinte minutos para la



salida del barco, Neal, con Carolina, pasó por la puerta de la taberna y, parándose ante ella, dijo:

—Voy a entrar aquí a pagar una cuenta que debo. Te doy mi palabra de honor, Carolina, de que no probaré ni una gota de alcohol.

—No creo en tu palabra. Beberás. Y como estoy segura de que beberás, me voy. No te espero aquí. Te esperaré en la plaza, junto a mi tío, que ya debe estar allí...

—Hablo en serio. No beberé. Te prometo que no tendréis que esperar nada más que un momento.

—Vé, pues; te espero. Si tardas, me irá.

Entró Neal en la taberna y convidó a cuantos allí había, que ya le esperaban.

—¿A beber todos! —gritó Neal, simulando gran alegría.

El tabernero se acercó a él y le dijo:

—Creo que va a salir bien el plan.

—Claro que saldrá bien. Está todo muy bien pensado.

—Sólo me temo una cosa: que vaya Jack, cuando vea la simulada riña, a buscar al gobernador.

—No, entrará. Es demasiado impetuoso para poder ayudantes de obras. Pero aunque fuera, no lo encontraría. Lo tiene entretenido mi socio en la playa.

Después de esto, dijo a los hombres:

—Behan por última vez, y empecen la pelea. Sin olvidar de que, en cuanto entre Jack, se ha de pelear de veras. Entonces yo aprovecharé el momento para marchar.

Empezó la comedia, y Neal comenzó a dar gritos pidiendo socorro. Oyéndole, desde fuera, Carolina se asomó a la puerta. Neal estaba ya en tierra. Creyó lo que ocurría y, asustada, en la calle, demandó

ayuda. Era el momento oportuno. Jack salía en aquel momento hacia la playa, para embarcar. Al oír la llamada de Carolina, acudió presuroso y le preguntó:

—¿Qué sucede?

—Pasábamos por aquí el señor Travers y yo. El ha entrado para pagar una deuda. Yo le esperaba fuera. Los hombres que hay en la taberna la han emprendido a golpes con él, que está en tierra imposibilitado de defenderse.

—No puedo ver a ese hombre —repuso Jack.— Pero no puedo permitir que le peguen. Voy a librarle de las garras de esos horrachines.

Y así diciendo, entró en la taberna, como un ciclón, y se lanzó con furia impetuosa contra los hombres que parecía que pegaban de veras a Neal.

Entonces empezó la pelea de veras, todos contra Jack y Jack contra todos. Neal, libre, se puso en pie y se lanzó a la calle. El plan no podía tener mejor desarrollo.

Carolina, al verle salir solo, le preguntó:

—¿Y Jack?

—Jack no corre peligro, porque está armado. Yo sí, porque estaba indefenso. Y tú también puedes, por rechazo, recibir algún golpe. Marchémonos, pues, de aquí.

—¿Y dejarás a ese hombre, que ha entrado por defenderte, solo contra todos?

—Te repito que él no corre ningún peligro. Está armado.

—¿Por qué, entonces, no ha salido cuando tú?

—Todos los hombres que estaban contra mí, al entrar él, enemigo poderoso, se han lanzado en su contra. Por eso he podido salir yo. Pero él se librará



de ellos sin tardanza y salud también, no te quepa duda.

Aunque así sea, abandonarle es una cobardía. Entra y ayúdale a salvarse de los ataques de esos borrachos... El no tenía nada contra ellos y ha entrado por salvarse a ti.

—¡Imposible, no puedo entrar! Mira a la bahía. El barco se prepara a marchar. Corramos, pues, que si no, nos quedaremos en tierra.

—¡Pero también Jack tenía que embarcar, como nosotros! Si no corre en su ayuda, perderá el barco.

—¿Y a mí qué me importa eso? Lo interesante es que embarquemos nosotros...

—Tampoco a él le interesaba el peligro que tú corrías y ha acudido a salvarte de él...

—¡Que no lo hubiese hecho! ¡Yo no le he llamado!

—Pero le llamé yo, precisamente en el momento en que se dirigía a la bahía...

—Bueno. La cosa ya no tiene remedio. Escapemos. El barco se prepara para zarpar. Mira, tu tío nos está llamando desesperadamente.

Carolina comprendió que todo aquello había sido una estratagema para hacer que Jack perdiera el barco. Y al comprenderlo, sintió un desprecio profundo hacia su tío y su novio.

No dijo nada, sin embargo, sobre el particular. ¿Para qué? Cuanto hubiera dicho habría sido inútil. Se prometió, no obstante, a sí misma, favorecer el propósito de Jack, si le era posible, y malograr los planes de los suyos. No sabía lo que haría, pero era firme su decisión de hacer algo grande, si se presentaba la ocasión.

Tan embebida estaba por este pensamiento, que

no se dio cuenta de que Neal la arrastraba hacia la playa y de que Jack se quedaba en la taberna, peleando con un montón de hombres.

Pero al subir al barco, se percató de todo. Más aún, cuando oyó a su tío y a Neal decir al capitán:

—Dése prisa. No creemos que nos hemos libra-



do de Arnold hasta que estemos muy lejos de tierra.

Como el gobernador se despidiera en aquel momento, Carolina corrió a él y le dijo:

—¡Salve usted a Arnold! ¡Está en la taberna de Hogart, peleando con un montón de enemigos pagados!

El gobernador no tardó ni un momento en estar en la taberna. Jack, al fin, pudo verse libre de los

borrachos. Corrió a la playa. El barco acababa de partir. No se arredró. Se lanzó al agua. Ganó a nado la distancia que le separaba del vapor. Pronto estuvo, como si nada hubiera hecho, sobre cubierta, dispuesto a salirse con la suya.

## QUINTA PARTE

A poco de estar en cubierta, apareció Neal, que al verle palideció de un modo intenso y terrible, tanto de miedo, porque temía que Jack se vengara, cuanto de inquietud, porque aquello malograba la seguridad que ya creía tener de que la mina sería suya. Corrió a decir a su socio la mala nueva y luego, creyendo que Jack ya no estaría, volvió otra vez a cubierta. Pero Jack no se había movido de allí, como si le estuviera esperando. Quiso, pues, Neal huir de nuevo, pero Jack se le puso delante y le dijo:

—Su infame lazo no dió resultado... ya lo ve... Cuesta trabajo deshacerse de mí, señor Travers... mucho trabajo.

Neal no supo ni disculparse. Jack agregó:

—La batalla por la mina, continúa. Si quiere que le dé un consejo, renuncien a seguir luchando. La mina ha de ser mía...

Eso lo veremos...

—Claro que lo veremos. Si usted fuese un hombre valiente, habría luchado ya conmigo, cara a cara, y quizá me habría vencido, con lo que la mina sería suya. Pero como es usted un cobarde, la mina será mía...



Aquel tono de seguridad desorientó a Neal, que se fué nuevamente a cambiar impresiones con su compinche, tan tortuoso y tan poco franco como él.

O'Hara viajaba también en el barco, hacia su propiedad. Jack lo sabía. Procuró hallarle para hablar con él a solas. Desde las primeras palabras, se hicieron más amigos aún de lo que ya eran. Al cabo de un rato de hablar de sin fin de cosas relacionadas con el modo de vivir en aquellas tierras, Jack dijo de pronto a O'Hara:

—Hablemos de negocios, amigo mío. Usted me dijo el otro día que podía contar con que la mina sería mía y de nadie más. Yo le expliqué que, de acuerdo con mi socio, venía a comprarle su propiedad. Ahora bien; ¿cuánto vale?

—¿Y qué sé yo, lo que vale! Pero, ¿ofrecerá su compañía tanto como la de Langdon, que viaja con nosotros con el mismo objeto que usted?

—Hombre, francamente, no. Somos amigos y no debo decir lo contrario. Ofrecerá menos, porque es más pobre, y ellos, por rivalidad, serían capaces de dar mucho más de lo que valga. Pero, a cambio, nosotros le trataremos con más equidad. Le daremos, en efectivo, todo el dinero que tenemos y, además, será nuestro socio para la explotación, con lo que cada año tendrá cuantiosos beneficios.

—Me conformo con esa proposición. Trato hecho. La mina es de ustedes y yo soy su socio, sea el que sea el dinero que me den. La franqueza me gana más que el dinero...

Se estrecharon las manos con efusión, en prueba de que aquel trato que acababan de hacer era firme e inmovible.

Langdon y Neal se habían enterado de que O'Hara

viajaba en el barco y de que, éste, no tenía aún ningún documento oficial que acreditara que la mina era suya. No quisieron, pues, ni hacer por verle. Sólo pensaron en ser los primeros en llegar a Pago Tai, con lo que, sin tener que gastar dinero, podían ser los amos de la mina. Bastaba con llegar y clavar en



el terreno una señal cualquiera, como signo de propiedad. Como O'Hara no tenía ningún título, tendría que conformarse con los hechos consumados. A última hora, para que no protestara, le darian cualquier cantidad, que por grande que fuese, no lo sería tanto como lo que quisiera por la mina, por poco que fuese.

Firmes en este propósito, empezaron a prepararlo todo para zarpar en una lancha, cuando el barco pasara por cerca del lugar en que se hallaba la mina,



que era en el paso hacia el puerto donde finalizaba el viaje.

Hasta el último momento no dijeron nada a Carolina, no por temor a que fuese indiscreta, sino porque no lo creían necesario. Cuando ya lo tenían todo preparado, la llamaron y le explicaron el plan, añadiendo:

Nadie sabe que nos vamos. Así es seguro el éxito.

Pero en cuanto Neal y Langdon partieron, Carolina se fué a encontrar a Jack, para ponerle al corriente de todo. Tardó en hallarlo, lo que la desesperaba. Al fin dio con él y le dijo:

—Mi tío y Neal han partido en una lancha hacia las minas. Ya deben estar llegando a la playa que desde aquí se ve. Se han enterado de que el señor O'Hara no tiene ningún documento que acredite que él es el propietario, y llevan la intención de apropiarse ellos la mina, cosa fácil en estas circunstancias.

—¿Y a mí qué me cuenta usted?—repuso Jack, temeroso de caer en otra estratagema.

—¿Cómo que qué le cuento?—replicó Carolina.—¿No comprende usted que se le están adelantando y que cuando usted llegue ellos serán ya los dueños de la mina, por no poder acreditar su verdadero dueño que lo es?

—¿Otra trampa, señorita, me tienden, valiéndose de la simpatía que siento por usted?

—Le juro que digo la verdad. Puede verlos, dirigiéndose a la playa. El barco va ahora por más cerca de la mina de lo que ellos están. Puede usted aún llegar primero. Sólo hay una desventaja: que por este sitio todo son rocas, en tanto que ellos irán

por terreno llano. Pero con buena voluntad todo se vence. Puede usted llegar primero y ganar la batalla...

—¿No estarán ellos en las rocas, esperando que llegue para matarme a traición? ¿No será esa la trampa?

—Veo que ese amuleto no tiene la virtud de impedir que haya malas interpretaciones...

—La creo, Carolina. Voy a ir por las rocas.

En un momento, Jack, ayudado por O'Hara, preparó la lancha. Cuando iban a subir a ella, Carolina se dispuso a acompañarles, diciendo:

—¡Yo voy también!

—¡Imposible! ¿No puede usted venir...! ¿Hay demasiado peligro!...

—¡Iré! ¿No voy a permitir que vaya sin mí, creyendo lo que de mí cree!

Partieron, pues, los tres; Jack seguro ya de que Carolina no había tomado parte, por su voluntad, en la estratagema de la taberna, de lo que se alegraba con toda su alma.

Subieron por las rocas, como gatos. Pero alcanzaron su propósito. Llegaron los primeros. Ya estaban allí cuando aparecieron, por la llanura, sin prisa, como seguros de la victoria, Neal y su socio. Jack se adelantó a recibirlos y les dijo:

—¡Buenos días, caballeros! En nombre de la Compañía Minera de Whipple, doy a ustedes la bienvenida a nuestra propiedad.

—¿Cómo?—preguntó Neal.

—Como usted lo oye, señor mío. Aquí está el expropietario, señor O'Hara, que le confirmará mis palabras. Pero no hablemos más de eso. Tengo otra cosa muy importante que decirle.



# NOVELA CINEMATOGRAFICA

—¿Qué es ello?

Sencillamente, que tengo la intención de impedir que siga usted molestando a la señorita Peyton...

—¿Con qué derecho?

—Con el que me confiere el amor que le tengo y que me tiene. Nos casaremos muy en breve...

Era la primera vez que Jack hablaba de su amor a Carolina. A ésta le encantó aquel modo de pedir su mano, es decir, de asegurar que sería su esposa.

Langdon gritó:

—¿A quién le ha pedido usted su mano?

A nadie, porque a nadie he de pedírsela. Carolina es ya mayor de edad. Aunque así no fuera, me ama, y yo la amo. No hay, pues, que decir nada más.

Pocos días después, ya casados, Jack y Carolina se disponían a regresar a San Francisco, para fundar su hogar. Ella, abrazándole le dijo:

—Ahora tú tendrás que pagar mi pasaje de regreso...

Es muy justo. Si tú no hubieras pagado el mío, nunca nos habiéramos conocido.

—Fue que mi corazón me advirtió esta felicidad.

Gozoso de su doble victoria, quedándose con la niña y ganando el amor de una joven tan bella, Jack se sentía transformado. Sentía una felicidad que había de durar toda la vida.

FIN

## Nueva colección de Postales-retratos de ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS (Fotografías)

ART ACORD	LILLIAN HALL
AONES AIRES	WILLIAM B. HART
ITALIA ALMIRANTE MANZINI	WANDA HAWLEY
MARY ANDERSON	ESSIE HAYAKAWA
ROSCOE ARBUCKLE (Fatty)	WALTER HILL
RICHARD BATHURST	HELEN HOLMES
ENNID BENNET	CAROL HOLLOWAY
ARMAND BERNAT	CLARA HORTON
FRANCOISCA BERTINI	JACK HOKIE
CONSTANCE BIDNEY	CHARLES HUTCHINSON
GEORGE BISCOT	GARY HUGHES
ALICE BRADY	MARIA JACOBINI
ALBERTO CAPOZZI	EDITH JOHNSON
NANCY CAPRI	ROMUALD JOUBE
JUNE CAPRICE	IRATICE JOY
HARRY CAREY (CAYENA)	ALICE JOYCE
JAWEL CARMEN	DIANA KARENNE
IBENE CASTLE	TILDE KASSAY
MARGARITA CLARCK	BUSTER KEATON (Pamphna)
JANE COLW	MADGE KENNEDY
GRACE CUMARD (Liseille)	DORIS KENTON
ELENA CHADWICH	NORMAN KERRY
LON CHANEY	CLARA KIMBALL YOUNG
CHARLES CHAPLIN (Charlie)	MOLLIE KING
CHARLES CHAPLIN (Charles, italiano)	JAMES KIRKWOOD
DOROTHY DALTON	NATALIA KOWANGO
VIOLA DANA	LAURA LA PLANTE
BEBE DANIELS (Eda)	DOUGLAS MAC LEAN
HELENA DARBY	VITTORIA LEPANTO
RACHEL DAVYDIS	MITCHEL LEWIS
PRISCILLA DEAN	ELMO K. LINCOLN
CAROL DEMPSTRE	MAX LINDER
REGINALD DENNI	ANNA LITTLE
WILLIAM DESMOND	ROBT LITTLE
YENIA DESNI	MARGARET LIVINGSTONE
KATHERINE MAC DONALI	LUISA LOBBRAINE
LUCE DORAIN	ESSIE LOVE
WILLIE DOVE	LOISE LOVELY
WILLIAM DUNCAN	HAROLD LLOYD (H)
MISS DU-PON	MACISTE
MAXIME ELLIOT	CHARLES MACK
ELIONOR FALE	GINETTE MADDIE
DOUGLAS FAIRBANKS	LYA MARA
FRANKLIN FARNUM	MAE MARSH
WILLIAM FARNUM	MARGARET MARSH
GERALDINA FAERAR	SHERLEY MASON
ELAIE FERGUSON	M. MATHE
MARGARITE FISHER	FRANK MAYO
FRANCIS FORD (Onda Hugot)	THOMAS MEIGHAM
ALEC B. FRANCIS	MARY MILLS WINTER
PAULINA FREDERICK	SANDRA MILDOWANOFF
MAUDE GEORGE	GASTON MITCHEL
EDUARDO (HOOT) GIBSON	TOM MIX
JEQUELINE GODSON	BLANCHE MONTEL
	TOM MOORE



ANTONIO MORENO  
 JACK MURHALL  
 MAX MURRAY  
 BENNE NAVARRE  
 ALLA NAZIMOVA  
 POLA NEGRI  
 ANA Q. NELSON  
 MARCEL NORMAND  
 MARIA OREGONE  
 SENA OWEN  
 RARY PAGE  
 JEAN PAGE  
 LIVIO PAVANELLI  
 DORIS PAWN  
 KILLEN PERCY  
 HOUSE PETERS  
 MARY PHILBIN  
 JACK PICKFORD  
 MARY PICKFORD  
 RUDIE POLO  
 HENNY PORTEN  
 MARIA PRYVOET  
 PRINOR (Balsastano)  
 HERBERT RAWLINSON  
 CHARLES RAY  
 WALLACE REID  
 FRITZI RASTOWAY  
 M. RINSOKI

CAMILO DE RIBBO  
 WILL ROGERS  
 RUTH ROLAND  
 MARCEILE ROLLET  
 WILLIAM RUSSELL  
 PATRI RUTH MILLER  
 JOE RYAN  
 CLARISE SELWYNE  
 LARRY SEMON  
 GUSTAVO SERENA  
 PAULINE STARK  
 ANITA STEWART  
 GLORIA SWANSON  
 CONSTANCE TALMADGE  
 NORMA TALMADGE  
 ALICE TERRY  
 OLIVE THOMAS  
 MADELAINE TRAVERSE  
 RODOLFO VALENTINO  
 VIRGINIA VALLI  
 VERA VERGANI  
 MARIA WALCAMP  
 GEORGE WALSH  
 GLADIS WALTON  
 FANNIE WARD  
 PEARL WHITE  
 BERN WILSON

20 céntimos ejemplar

Diez por ciento de descuento tomando toda la colección

Pedidos acompañados de su importe en sellos o por  
 Giro Postal a Publicaciones Mundial. Apartado de Co-  
 rreos 925. Barcelona.



## FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes

Album de Bal . . . . .	Actual	10'—pts
Blouses Artistiques . . . .	Temporada	5'— "
Blouse Ideal . . . . .	"	2'50 "
Chapeaux Modernes . . . .	4 veces año	3'50 "
Ideal Parisien . . . . .	Mensual	3'— "
Joie des Modes de Paris . .	Temporada	4'— "
Manteaux et Costumes de Promenade . . . . .	"	3'— "
Mode de Paris . . . . .	"	3'— "
Mode Nationale . . . . .	Mensual	1'25 "
New Ladies Fashions . . . .	10 veces año	6'— "
Patrons Favoris Dames . . .	Temporada	3'— "
" " Cereemonies . . . . .	"	5'— "
" " Blouses . . . . .	"	5'— "
" " Enfants . . . . .	"	3'— "
" " Lingerie . . . . .	"	5'— "
" " Tailleur . . . . .	"	5'— "
" " Gentlemens . . . . .	"	5'— "
Fashions . . . . .	"	5'— "
Patrons Favoris Travestis . .	Anual	5'— "
Paris Chic . . . . .	Mensual	5'— "
Toilettes d'enfants . . . . .	Temporada	2'50 "
Toilettes Modernes . . . . .	"	3'25 "
Ultima Elegancia . . . . .	Mensual	1'25 "
Tres Chic . . . . .	"	4'— "

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero.

Descuentos convencionales a los señores corresponsales y libreros.

Pedidos acompañando su importe a Publicaciones Mundial, Barbacá, 15, Apertado 925—Barcelona